SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO III Nº 110
12 • 12 • 1999

RADAR libros

MARIA MORENO *Martín Caparrós y el nuevo periodismo*
EL DOBLE *Laura Ramos retrocede dos siglos*
ENVIDIA *Los malos pensamientos de Claudia Gilman*
RESEÑAS *Grass, McCracken, Naipaul*

El regreso de los muertos vivos



Contra todas las previsiones en contrario, diferentes corrientes de pensamiento francés siguen hostigando el presente. Acaban de distribuirse tres libros de autores fundamentales de la filosofía y la sociología de los últimos años: *El ser y el acontecimiento* de Alain Badiou, *Intelectuales, política y poder* de Pierre Bourdieu y *La inseguridad del territorio* de Paul Virilio son, sin duda, una buena despedida teórica del siglo.

POR ALAIN BADIOU Admitamos que hoy, a nivel mundial, se pueda comenzar el análisis del estado de la filosofía suponiendo los tres enunciados siguientes:

1. Heidegger es el último filósofo reconocible universalmente.

2. Los dispositivos de pensamiento, sobre todo americanos, que siguieron las mutaciones de las matemáticas, la lógica y los trabajos del círculo de Viena, mantienen como paradigma, de manera dominante, la figura de la racionalidad científica.

3. Está siendo desarrollada una doctrina postcartesiana del sujeto cuyo origen puede atribuirse a prácticas no filosóficas (la política o la relación instituida con las "enfermedades mentales") y su régimen de interpretación, marcado por los nombres de Marx (y de Lenin), de Freud (y de Lacan), está intrincado en operaciones, clínicas o militantes, que exceden el discurso transmisible.

¿Qué tienen en común estos tres enunciados? Que designan, cada uno a su manera, la *clausura* de una época entera del pensamiento y de sus apuestas. Heidegger, en el tema de la deconstrucción de la metafísica, piensa la época como regida por un olvido inaugural y propone un retorno griego. La corriente "analítica" anglosajona descalifica la mayor parte de las frases de la filosofía clásica por estar desprovistas de sentido o limitadas al ejercicio libre de un juego de lenguaje. Marx anunciaba el fin de la filosofía y su realización práctica. Lacan habla de la "antifilosofía" y remite al imaginario la totalización especulativa.

Por otro lado, lo que hay de inconexo en estos enunciados es evidente. La posición paradigmática de la ciencia, tal como organiza al pensamiento anglosajón hasta en su denegación anarquizante, es señalada por Heidegger como un efecto último, y nihilista, de la disposición metafísica, en tanto que Freud y Marx conservan sus ideales y el mismo Lacan reconstituía en ella, a través de la lógica y la topología, los apoyos de eventuales matemas. La idea de una emancipación –o de una salvación– es propuesta por Marx o Lenin bajo las formas de la revolución social, pero es considerada por Freud o Lacan con un pesimismo escéptico, examinada por Heidegger en la anticipación retrospectiva del "retorno de los dioses", en tanto que *grosso modo*, los americanos se adaptan al consenso alrededor de los procedimientos de la democracia representativa.

Hay entonces acuerdo general en cuanto a la convicción de que no es concebible ninguna sistemática especulativa y que ha pasado la época en que la proposición de una doctrina del nudo ser/no-ser/pensamiento (si se admite que es en este nudo que se origina, desde Parménides, lo que se llama "filosofía") podía hacerse bajo la forma de un discurso acabado. El tiempo del pensamiento está abierto a un régimen de aprehensión diferente.

Hay desacuerdo en lo que respecta a saber si esta apertura, cuya esencia es la de cerrar la edad metafísica, se caracteriza como *revolución, retorno* o *crítica*.

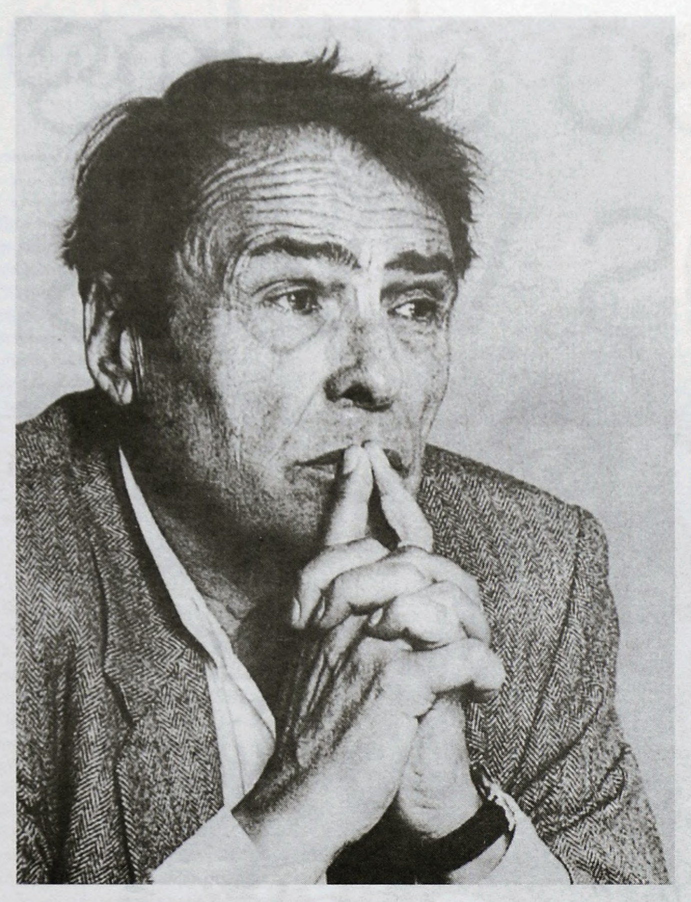
Mi intervención en esta coyuntura consiste en trazar allí una diagonal, ya que el trayecto de pensamiento que intento pasa por tres puntos, cada uno de los cuales está suturado a alguno de los tres lugares que designan los enunciados antes citados.

–Con Heidegger, sostendremos que es por el lado de la cuestión ontológica que se sostiene la recalificación de la filosofía como tal.

–Con la filosofía analítica, sostendremos que la revolución matemáticológica de Frege-Cantor fija orientaciones nuevas en el pensamiento.

–Convendremos, finalmente, que ningún aparato conceptual es pertinente si no es homogéneo con las orientaciones teórico-prácticas de la doctrina moderna del sujeto, de por sí interna a procesos prácticos (clínicos o políticos).♣

Crítica de la razón imperialista



Pierre Bourdieu tal vez sea el más famoso de los sociólogos de la cultura, pero es además un intelectual (¿el último?) que, sobre todo en los últimos años, ha abandonado la "neutralidad" del campo académico para intervenir políticamente en los asuntos de Francia. *Los intelectuales, el poder, la política*, editado por Eudeba, es una recopilación de textos breves, entrevistas e intervenciones que van desde 1971 hasta 1999.

POR PIERRE BOURDIEU Quienes en los Estados Unidos están comprometidos, frecuentemente sin saberlo, en esta inmensa empresa internacional de *import-export* cultural (que caracteriza nuestra época), ocupan en su mayoría una posición dominada en el campo del poder norteamericano, e incluso muy frecuentemente en el campo intelectual. Del mismo modo que las producciones de la gran industria cultural estadounidense, como el *jazz* o el *rap*, o las modas de la ropa y de los alimentos más comunes, como el jean, deben una parte de la seducción casi universal que ejercen sobre la juventud al hecho de que son producidas y llevadas por minorías dominadas, de igual modo los tópicos de la nueva vulgata mundial sacan, sin duda, una buena parte de su eficacia simbólica del hecho de que, portados por especialistas de disciplinas percibidas como marginales y subversivas –tales como los *cultural studies*, los *minority studies*, los *gay studies* o los *women studies*–, toman –a los ojos, por ejemplo, de los escritores de las antiguas colonias europeas– el cariz de los mensajes de liberación. En efecto, el imperialismo cultural (norteamericano u otro) no se impone jamás mejor que cuando es favorecido por intelectuales progresistas (o "de color", en el caso de la desigualdad racial), poco sospechosos en apariencias de promover los intereses hegemónicos de un país contra el cual portan la lanza de la crítica social. Así, los diversos artículos que componen el número de verano de 1996 de la revista *Dissent*, órgano de la "vieja izquierda" democrática neoyorquina, consagrado a las "Minoridades en lucha sobre el planeta: derechos, esperanzas, amenazas", proyectan sobre el conjunto de la humanidad, con la nueva conciencia humanista característica de cierta izquierda académica, no solamente el sentido común *liberal* norteamericano, sino la noción de *minority* (sería necesario conservar siempre el término inglés, para recordar que se trata de un concepto nativo importado en la teoría, e, incluso, originario de Europa) que presupone aun aquello cuya existencia real o posible se trataría de demostrar: que categorías recortadas en el seno de un Estado-nación, dado a partir de rasgos "culturales" o "étnicos", tienen el deseo y el derecho de exigir un reconocimiento cívico y político en *cuanto tales*. Pues las formas bajo las cuales los individuos buscan hacer reconocer

Ideología sanitaria y discriminación

Paul Virilio es arquitecto. Sin embargo, su producción está más bien orientada al análisis de la articulación entre tecnología y subjetividad como un modo de organizar la política, es decir: las relaciones de explotación. Su libro *La inseguridad del territorio* es una recopilación de artículos ejemplares, publicado originalmente en 1976.



POR PAUL VIRILIO Producto final de la sociedad de consumo, los residuos, los desechos y sus consecuencias de todo tipo constituyen el inmenso inconsciente colectivo de la era industrial. La transformación del mundo por parte de la industria desemboca finalmente en el basurero, cuyo perfil subraya la sedimentación artificial. En este decorado residual, el higienismo se desarrolla a la misma velocidad que la contaminación de las regiones obreras, hasta el punto de llegar a representar hoy en día, más allá del cuadro de la salud y de las simples precauciones corporales, una verdadera ideología sanitaria.

La desvalorización del residuo es contemporánea de la economía industrial. El residuo, que para la economía precedente era causa de riqueza y fundamento de la sedentariedad debido a sus posibilidades de recuperación, se convierte, con la mutación industrial, en malsano, peligroso, irrecuperable. Debe ser evacuado, ocultado o incinerado. A través de una ósmosis muy curiosa, apoyándose en los descubrimientos de una microbiología naciente, el higienismo devalúa simétricamente el residuo orgánico: transpiración, secreción animal.

Nacido de los excesos de la explotación industrial, en las proximidades de los campos de carbón de las minas, en el momento mismo en que se constituye una clase proletaria igualmente explotada, el higienismo desarrolla el tema de la culpabilidad del hombre en tanto que estado de la materia. Retomando por su cuenta la simbólica religiosa, parodiando los ritos del agua (ablución, bautismo), reintroduce el mito de lo intocable, de lo impuro. La ideología sanitaria tiende insidiosamente a romper la sociedad al nivel de la cualidad corporal de los individuos, pero les arrebata su especificidad: la huella digital se convierte en un signo infamante, se me identifica a través del sudor que dejo en los objetos. El higienismo transpone la caída del pecado a la secreción, me juzga y me condena perpetuamente en beneficio del objeto inanimado, aséptico. En la sociedad religiosa y prerracionalista, el aliento, por ejemplo, simbolizaba el alma *(anima)*, mientras que en la nuestra, en virtud de una inversión significativa, será asimilada a la fetidez de los gases de escape de los autos. El dominio olfativo ha sido desvalorizado de la misma manera: de ahora en más, olor natural significa exhalación nauseabunda, y esto alcanza su grado extremo en la venta de productos llamados "desodorantes", cuyo sistema de publicidad sólo tiende a probar la repulsión que siente el hombre frente al olor de su semejante*.

La ideología sanitaria evacua al hombre físico de una sociedad esencialmente urbana, en que el problema de la promiscuidad en la concentración jamás ha sido resuelto de otro modo que a través de la evacuación hacia la

su existencia y sus pertenencias por el Estado varían según los lugares y los momentos en función de las tradiciones históricas y constituyen siempre una apuesta de luchas en la historia. Así, un análisis comparativo en apariencia riguroso y generoso puede, incluso sin que sus autores tengan conciencia de ello, contribuir a hacer aparecer como universal una problemática hecha por y para norteamericanos.

Se acaba, así, en una doble paradoja. En la lucha por el monopolio de la producción de la visión del mundo social universalmente reconocida como universal, en la que ocupan hoy una posición eminente, incluso dominante, los Estados Unidos, son bastante excepcionales, pero su excepcionalismo no se sitúa allá donde la sociodicea y la ciencia social nacionales están de acuerdo en situarlo, es decir, en la fluidez de un orden social que ofrece posibilidades extraordinarias a la movilidad (especialmente por comparación con las estructuras sociales rígidas del *viejo* continente): los estudios comparativos más rigurosos están de acuerdo en concluir que los Estados Unidos no difieren profundamente en este punto de las otras naciones industriales, incluso que el abanico de las desigualdades es allí claramente más abierto. Si los Estados Unidos son realmente excepcionales, según la vieja temática tocquevilleana, incansablemente retomada y periódicamente reactualizada, es antes que nada por el *dualismo rígido* de las divisiones del orden social. Es más todavía por su capacidad de imponer como universal lo que ellos tienen de más particular, mientras hacen pasar por excepcional lo que tienen de más común.♣

periferia o a través del confinamiento, en ghettos, de los "residuos" sociales o raciales tratados globalmente; aunque, por otra parte, esto no es más que la prolongación del tratamiento precedentemente aplicado a ciertas enfermedades en la Edad Media, y después a los libertinos e insensatos en la época clásica. La construcción del hospicio y del asilo en las ciudades, destinados a albergar todas las formas de desviacionismo, fue el preludio del secuestro de las poblaciones por parte de la urbanización de la era industrial.

El gran temor a los contagios y a las contaminaciones en el interior de un medio urbano esencialmente preservado, percibido como antinatural, por oposición al mundo rural circundante, preparó el terreno a todos los tipos de segregación o de *apartheid*. La ruptura voluntaria de las comunicaciones, que instituyó entre un miembro "sano" y un miembro "malsano" por la vía de la internación, inspiraría a los urbanistas sus sistemas concentracionistas, donde el higienismo funciona como un dogma. Dogma separatista donde la antigua oposición de lo rural y de lo urbano se transmuta en oposición entre lo séptico o lo aséptico, lo animado y lo inanimado. Vimos hasta dónde podía llegar tal opresión ideológica: la sala de duchas construida en el centro del campo de concentración hitleriano no es otra cosa que el subterfugio que disimula la cámara de gas, el ritual del agua prepara el ritual del fuego, el osario prolonga el escorial.♣

* *N. de la R.: Hay que recordar que así como hoy se promocionan suavizantes y perfumes para la ropa con "acción residual" de siete días, en Francia hace tiempo que se venden desodorantes corporales con efecto semanal.*

La teoría como continuación de la guerra

POR DANIEL LINK Entre los más importantes regalos que el siglo XX legará a la curiosidad académica –siempre levemente malsana– se encuentra el pensamiento estructuralista. Postulado como un método riguroso de análisis en la década del cincuenta por la antropológica pluma de Lévi-Strauss, el estructuralismo se generalizó pronto como el paradigma dominante en las ciencias sociales: la década del sesenta aparece dominada por los fervores semiológicos y la progresiva conversión de todas las disciplinas (antropología, psicoanálisis, crítica estética, teoría de la literatura, filosofía, ciencias políticas, sociología, historia, etc.) en diferentes entonaciones del mismo canto (encantatorio) de la "ciencia madre", la ciencia de los signos.

Por supuesto, el estructuralismo no podía sino ser francés, habida cuenta de las tradiciones de pensamiento hegemónicas en París desde Descartes en adelante: el racionalismo metódico encuentra precisamente en las ideas de estructura, sistema y posición el modo de superar el cartesianismo aplicado a las ciencias sociales. Es que, entre otras claves de la "ruptura epistemológica" que protagoniza, el estructuralismo ingresa en la escena académica y política con toda la fuerza que le otorga un nuevo objeto: la cultura de masas. La semiología, la historia, la antropología, la sociología, entendidas como disciplinas "estructuralistas" corrieron a decir algo sobre el presente, sobre los "mensajes de los medios masivos de comunicación" y el modo en que esa nueva cultura definía modelos de subjetividad y operaciones de captura de los cuerpos.

Pronto el estructuralismo se reveló como una nueva jaula de hierro, al privilegiar la descripción por sobre la comprensión. Los infinitos análisis (de todo) que engendró esa incesante madre semiológica fueron, la mayoría de las veces, hijos tarados y olvidables, sobre todo en manos de profesores de escuela secundaria que, haciendo lo imposible por emular las geniales intervenciones de Roland Barthes, Emile Benveniste o Roman Jakobson, olvidaron que lo que importaba en el estructuralismo era sobre todo el punto de vista y los efectos políticos. Vaciado de ese sentido, el método podía reemplazarse por cualquier otro, menos mecánico y también más adecuado a las realidades discursivas cada vez más sofisticadas de la cultura de masas, que ha llegado (hoy es evidente) a prescindir de toda operación retórica para imponer sus contenidos: le basta con mentir.

Si el estructuralismo puede pensarse como una verdadera "ruptura epistemológica" (de allí su importancia en la historia de la teoría del siglo XX), el relajamiento de sus principios metodológicos puede interpretarse como una "fatiga" epistemológica (en el sentido en que se entiende la "fatiga" de los materiales constructivos, que se reconfiguran con el tiempo). El postestructuralismo es el nombre de esa deriva (de esa radicalización del punto de vista) y del abandono de la "cientificidad" como coartada ética. Roland Barthes, Michel Foucault, Gilles Deleuze: en esos tres nombres que designan tres grandes experiencias de pensamiento y de lectura puede leerse la conversión del estructuralismo en postestructuralismo. El impacto que sus hipótesis radicales produjeron en la Academia norteamericana sigue sintiéndose en los estudios culturales, mal que le pese a la policía discursiva que últimamente levantó su voz, no en contra de alguna falacia argumentativa sino de los usos de un vocabulario "científico" en el contexto de la teoría social. La petulante intervención de Alan Sokal y sus socios europeos (*Imposturas intelectuales*) significó para muchos algo así como la estocada final a un paradigma teórico ya muerto. En la perspectiva de esos científicos de pacotilla, dos más dos es siempre igual a cuatro. Por supuesto, lo único que se puede oponer a una verdad tan evidente es que el pensamiento (su forma) es un poco más complejo que la mera acumulación de certezas verificables. Si el postestructuralismo sucumbe a las avalanchas de la historia será por su propia dinámica interna (su historia disciplinar).


ALAIN BADIOU

Tres traducciones más o menos simultáneas vienen a clausurar esta aventura del pensamiento del siglo llamada estructuralismo/postestructuralismo. Curiosamente, ninguno de los libros es "actual", aunque los tres funcionan como índice de una historia. *La inseguridad del territorio* de Paul Virilio apareció en Francia en 1976 y es una muestra acabada de lo que, por entonces, encarnaba el pensamiento *post*. Los análisis de Virilio, siempre arbitrarios (algunas veces inconsistentes), tienen todavía potencia suficiente como para que su lectura se justifique. Por otro lado, la historia no hizo sino darle la razón en lo que se refiere a la consideración de la técnica como pura estrategia bélica en las batallas que el capitalismo entabla periódicamente contra sus enemigos imaginarios. De las tres partes del libro –"El Estado suicida", "El evangelio nuclear" y "La ideología sanitaria"–, probablemente la última sea la intervención más aguda. El fragmento reproducido en estas páginas pertenece a ese sector del libro.

Intelectuales, política y poder, la compilación de Pierre Bourdieu presentada por Eudeba recoge artículos, entrevistas e intervenciones que van desde la década del setenta hasta ayer nomás. Desde el famosísimo artículo "Campo del poder, campo intelectual y *habitus* de clase" (una de las piezas claves en la construcción de la sociología estructuralista de la cultura que ocupó buena parte de la carrera de Bourdieu) hasta la esclarecedora investigación sobre el "campo editorial" que cierra el volumen, por este libro desfilan todos los tópicos que Bourdieu ha abordado obsesivamente. Los dos textos dedicados a Michel Foucault, además de su propio interés teórico, son conmovedores y explican por qué Bourdieu llegó a convertirse, hacia fines de los noventa, en el "último intelectual" francés.

Es difícil situar el pensamiento de Alain Badiou respecto del *mainstream* estructuralista, sobre todo *El ser y el acontecimiento*, publicado originalmente en 1988 y ahora traducido por Manantial. Su inscripción tiene mucho más que ver con la fenomenología. Pero hay que recordar que Badiou deriva gran parte de sus convicciones políticas de la obra de Jacques Lacan para entender hasta qué punto –él, que se llama a sí mismo discípulo de Sartre– participa de las transformaciones teóricas que aquí se reseñan. *El ser y el acontecimiento* admite sólo a lectores especializados y pacientes, versados tanto en las categorías de la filosofía del ser como en el lenguaje matemático. Pero es una obra monumental, cuyos efectos teóricos y políticos –así hay que esperarlo– no se agotan con el cambio calendario. En el "Prefacio para la edición castellana", Badiou señala: *Se trata de despreciar lo que hay, en nombre de lo que puede haber. Se trata de preferir cualquier verdad a las enciclopedias del saber. Seguramente, la carga polémica de mi filosofía es más viva en este punto. No estamos en el consenso académico. Cualquiera que trabaje para la perpetuación del mundo que hoy nos rodea, aunque fuera bajo el nombre de filosofía, es un adversario, y debe ser conceptuado como tal. No podemos tener la menor consideración con aquellos cuya sofisticación sirve para legitimar –bajo los vocablos gastados e inconsistentes de "el hombre" y de sus "derechos"– el orden capital-parlamentario, hasta en sus expediciones neocoloniales. Pero la guerra especulativa y el derecho que se conceda a cambiar los conceptos por municiones implica saber exigir de uno mismo una constante transformación de la propuesta filosófica y de sus categorías fundadoras, a riesgo de pensar a menudo –como decía mi viejo maestro Sartre– contra uno mismo.* Que así sea.♣



La mano del amo



UNA CASA PARA EL SEÑOR BISWAS
V. S. Naipaul
trad. Flora Casas
Debate
Madrid, 1999
572 págs. $ 29

POR MARÍA SONIA CRISTOFF V.S. Naipaul cuenta con más de veinte libros publicados, un Booker Prize, supuestas chances de ganar el Nobel y –lo que sea tal vez su mayor mérito– el odio profundo de Paul Theroux, su Boswell, que el año pasado le dedicó un libro en forma de largo retrato despechado.

En el principio de esa trayectoria estuvo *Una casa para el señor Biswas*, la novela que Debate acaba de reeditar después de más de veinte años de ausencia en castellano. Antes de ella hubo tres novelas evitables acerca de la vida en Trinidad, su isla de origen, pero –y esto es un lugar común entre los críticos de Naipaul– su obra empezó a existir cuando se decidió a contar la historia del señor Biswas. Leer hoy esta novela es, además de un placer rotundo, un curioso ejercicio de perspectiva: una posibilidad de leer en el pasado de una obra esos núcleos privados a los que cada escritor no puede dejar de volver insistentemente, las obsesiones a las que después llamarán universo propio.

El señor Biswas vive en una isla antillana que después de haber estado bajo el dominio español, inglés y ahora en parte norteamericano, sigue experimentando las distintas formas de la miseria que se generan alrededor del sometimiento económico. La marginalidad y la ignorancia y las plantaciones de azúcar y el puestito conveniente con los norteamericanos que se instalan en



la isla durante la Segunda Guerra son el destino del que sólo huyen unos bienaventurados. "El Destino lo había llevado de la India a la plantación de caña, lo había avejentado rápidamente y lo había dejado que muriese en una choza de barro a punto de desmoronarse en medio de los pantanos. Sin embargo, hablaba del Destino con frecuencia y con afecto, como si por el simple hecho de supervivir fuera especialmente afortunado." En muchos de los posteriores relatos de viaje escritos por Naipaul, la situación poscolonial de muchos países tercermundistas aparece considerada con ese mismo sentido de la condena eterna, lo cual habla de la continuidad de sus obsesiones y también del interesante número de detractores que se ha sabido ganar con el paso del tiempo.

Una casa para el señor Biswas es, también, un tratado acerca de la itinerancia como compulsión, la búsqueda del lugar propio que nunca se encuentra. El hombre que se va dejando llevar por la vida con tanta docilidad como fastidio cambia de casas infinidad de veces, casas precarias que lo van dejando sin aliento y sin dinero, cada vez más desamparado. Naipaul, un escritor que por formación y por destino lingüístico pertenece a la literatura inglesa, va forjando así su lugar: si en los comienzos de la novela inglesa moderna está presente la concepción dieciochesca de la casa como refugio protector, él desde sus propios comienzos marcará su pertenencia marginal a dicha tradición. La itinerancia se vuelve definición y combate.

En esta novela, la precariedad se extiende a todas las cosas: a la casa, al sistema social, al trabajo. El señor Biswas, como el Ochoa de la última novela de Luis Gusmán, está obsesionado por encontrar un oficio. Primero pinta carteles y después es periodista: no parece necesario adquirir mucha preparación en el medio. Naipaul dedica casi seiscientas páginas a contar la vida íntima –e íntegra– de este señor con nombre propio apelando a un profundo sentido del anonimato, sin identificaciones ni guiños, y allí su novela es magistral: en ese desapego que no conduce a la indiferencia sino a una certeza cansada más próxima a la sabiduría.♣

Cuerpo y alma



LA CASA DEL GIGANTE
Elizabeth McCracken
trad. Márgara Averbach
Emecé
Buenos Aires, 1999
320 págs. $ 17

POR MARCELO BIRMAJER *La casa del gigante* es una novela modesta. Lo discreto de sus virtudes se compensa con lo acotado de sus pretensiones: apenas contar la historia de una chica con problemas para amar o ser amada. Porque el gigante en esta historia –y hay un gigante: un muchacho con un problema glandular que llega a medir dos metros y sesenta y cinco centímetros– es la excusa para que la chica nos cuente sus problemas. Es difícil imaginar qué quedaría de esta novela si el gigante midiera menos. O qué quedaría del muchacho, qué elementos destacaríamos de su personalidad, por qué nos resultaría llamativo, si no fuera un gigante. Y quizás acá el dato paradójico: no se trata de una muchacha sensible que se enamora de un *freak* por sus cualidades internas –inteligencia, ternura o imaginación– a pesar de su estatura; no, se trata de una chica con problemas afectivos que elige amar al gigante precisamente porque es un deforme, alguien que morirá joven y que, mientras dure el romance, le permitirá no sucumbir al tedio de sufrir normales problemas afectivos. No está claro si McCraken pensó así a su personaje femenino, pero lo cierto es que el encanto del personaje masculino es inexistente, y su apariencia física es omnipresente en su descripción.

El cine norteamericano –y el inglés, con *El hombre elefante*– nos tiene habituados a seguir las vicisitudes de los enfermos físicos espiritualmente profundos: el chico manos de tijera, ciegos, mudos y sordos. Pero generalmente, antes de que termine la película, nos convencen de que lo realmente valioso del personaje era su alma invisible. En la novela de McCraken, en cambio, no parece factible que alguien tuviera ganas de sentarse a tomar un té con el gigante, puesto que no tendría mayores cosas de qué hablar ni qué escuchar.

McCraken tiene una mirada inteligente y compasiva sobre sus personajes, cuando éstos hacen dinero con el gigantismo de James. No hay condenas contra esta actividad mercantil



que a la protagonista le resulta inevitable.

El final le aporta a la trama una brisa de perversión y de mentira que sacude un poco el transcurso mayormente calmo de los acontecimientos. Para ser la historia de un gigante, carece de prodigios, de intenciones aviesas o de acciones sorprendentes. Quizás esa sea la diferencia entre un gigante –un ser prodigioso– y un muchacho con un problema glandular. Y la diferencia a favor del naturalismo o del realismo no redunda, en este caso, a favor de la tensión en el texto.

Un chico de dos metros y medio que morirá joven, una bibliotecaria incapacitada para los juegos del amor, una buena prosa y reflexiones razonables. No es mucho más lo que se puede decir de este libro.♣

◈ La Feria Internacional del Libro de Guadalajara concluyó el domingo pasado después de una semana de actividades culturales y literarias. Las actividades centrales de esta edición, con Chile como país invitado, fueron una retrospectiva de cine chileno, homenajes a varios escritores y la presentación del nuevo libro de Guillermo Cabrera Infante, *Infantería*, vía satélite. En el homenaje a Donoso, que fue uno de los actos principales, hablaron los escritores chilenos Alberto Fuguet, Carlos Cerda, Carlos Franz, Fernando Sáez, Gonzalo Contreras y el mexicano Juan Villoro. Además se otorgó el VIII Premio Sor Juana Inés de la Cruz a Sylvia Iparraguirre por su obra *La Tierra del Fuego*.

◈ Una exhibición centrada en la vida y la obra del escritor Marcel Proust se ha convertido en una de las atracciones turísticas de París. La muestra *Marcel Proust, la escritura y las artes* ha sido organizada por la Biblioteca Nacional de Francia y es la más grande realizada nunca sobre el escritor. Dividida en cinco capítulos –la cultura familiar, la cultura artística, la cultura de su tiempo, las figuras de los creadores contemporáneos y los manuscritos–, es un bocado exquisito para fetichistas y curiosos.

◈ La editorial Harper Collins acaba de adquirir los derechos de publicación de la primera novela de Matthew Beaumont, un joven publicista londinense. Su novela *E*, que se publicará a mediados del 2000, se inscribe en un nuevo tipo de género epistolar porque toda ella está escrita a partir de mensajes de correo electrónico.

◈ *Entrevista sobre el siglo XXI*, que se publicará a principios del próximo año, es el producto de una larga entrevista a Eric J. Hobsbawm realizada por el periodista italiano Antonio Polito, quien interpela al historiador británico sobre el legado que recibirá el siglo que viene.

◈ Los ocho primeros tomos de la obra completa de Julien Green (1900-1998) sobrepasan las 15.000 páginas y constituyen una suerte de memoria del siglo ineludible. Ahora fue anunciado, en Francia, el lanzamiento de un volumen con extractos de su diario y fotografías tomadas por el autor. El *Journal* del autor ocupa la mitad de la edición de La Pléiade, porque es la obra a la cual el escritor más tiempo dedicó. *El tiempo no existe* es una buena introducción a esa obra compleja y rica en observaciones.

◈ Las entrevistas concedidas a los medios de comunicación por Roland Barthes y compiladas en *El grano de la voz, 1962-1980* han sido reeditadas en la colección de bolsillo Points de la editorial Seuil. El mismo sello acaba de editar dos libros póstumos de Cornelius Castoriadis, *Figures de Pensable*, que cierra la serie Encrucijadas del Laberinto, y *Sur Le Politique de Platón*, que recoge un curso dictado por el pensador griego en 1986.

NOTICIAS DEL MUNDO



◆ La Feria Internacional del Libro de Guadalajara concluyó el domingo pasado después de una semana de actividades culturales y literarias. Las actividades centrales de esta edición, con Chile como país invitado, fueron una retrospectiva de cine chileno, homenajes a varios escritores y la presentación del nuevo libro de Guillermo Cabrera Infante, *Infantería*, vía satélite. En el homenaje a Donoso, que fue uno de los actos principales, hablaron los escritores chilenos Alberto Fuguet, Carlos Cerda, Carlos Franz, Fernando Sáez, Gonzalo Contreras y el mexicano Juan Villoro. Además se otorgó el VIII Premio Sor Juana Inés de la Cruz a Sylvia Iparraguirre por su obra *La Tierra del Fuego*.

◆ Una exhibición centrada en la vida y la obra del escritor Marcel Proust se ha convertido en una de las atracciones turísticas de París. La muestra *Marcel Proust, la escritura y las artes* ha sido organizada por la Biblioteca Nacional de Francia y es la más grande realizada nunca sobre el escritor. Dividida en cinco capítulos –la cultura familiar, la cultura artística, la cultura de su tiempo, las figuras de los creadores contemporáneos y los manuscritos–, es un bocado exquisito para fetichistas y curiosos.

◆ La editorial Harper Collins acaba de adquirir los derechos de publicación de la primera novela de Matthew Beaumont, un joven publicista londinense. Su novela *E*, que se publicará a mediados del 2000, se inscribe en un nuevo tipo de género epistolar porque toda ella está escrita a partir de mensajes de correo electrónico.

◆ *Entrevista sobre el siglo XXI*, que se publicará a principios del próximo año, es el producto de una larga entrevista a Eric J. Hobsbawm realizada por el periodista italiano Antonio Polito, quien interpela al historiador británico sobre el legado que recibirá el siglo que viene.

◆ Los ocho primeros tomos de la obra completa de Julien Green (1900-1998) sobrepasan las 15.000 páginas y constituyen una suerte de memoria del siglo ineludible. Ahora fue anunciado, en Francia, el lanzamiento de un volumen con extractos de su diario y fotografías tomadas por el autor. El *Journal* del autor ocupa la mitad de la edición de La Pléiade, porque es la obra a la cual el escritor más tiempo dedicó. *El tiempo no existe* es una buena introducción a esa obra compleja y rica en observaciones.

◆ Las entrevistas concedidas a los medios de comunicación por Roland Barthes y compiladas en *El grano de la voz, 1962-1980* han sido reeditadas en la colección de bolsillo Points de la editorial Seuil. El mismo sello acaba de editar dos libros póstumos de Cornelius Castoriadis, *Figures de Pensable*, que cierra la serie Encrucijadas del Laberinto, y *Sur Le Politique de Platón*, que recoge un curso dictado por el pensador griego en 1986.

La mano del amo

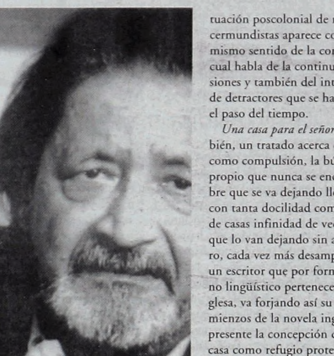


UNA CASA PARA EL SEÑOR BISWAS
V. S. Naipaul
trad. Flora Casas
Debate
Madrid, 1999
572 págs. $ 29

POR MARÍA SONIA CRISTOFF V.S. Naipaul cuenta con más de veinte libros publicados, un Booker Prize, supuestas chances de ganar el Nobel y –lo que sea tal vez su mayor mérito– el odio profundo de Paul Theroux, su Boswell, que el año pasado le dedicó un libro en forma de largo retrato despechado.

En el principio de esa trayectoria estuvo *Una casa para el señor Biswas*, la novela que Debate acaba de reeditar después de más de veinte años de ausencia en castellano. Antes de ella hubo tres novelas evitables acerca de la vida en Trinidad, su isla de origen, pero –y esto es un lugar común entre los críticos de Naipaul– su obra empezó a existir cuando se decidió a contar la historia del señor Biswas. Leer hoy esta novela es, además de un placer rotundo, un curioso ejercicio de perspectiva: una posibilidad de leer en el pasado de una obra esos núcleos privados a los que cada escritor no puede dejar de volver insistentemente, las obsesiones a las que después llamarán universo propio.

El señor Biswas vive en una isla antillana que después de haber estado bajo el dominio español, inglés y ahora en parte norteamericano, sigue experimentando las distintas formas de la miseria que se generan alrededor del sometimiento económico. La marginalidad y la ignorancia y las plantaciones de azúcar y el puestito conveniente con los norteamericanos que se instalan en



la isla durante la Segunda Guerra son el destino del que sólo huyen unos bienaventurados. "El Destino lo había llevado de la India a la plantación de caña, lo había avejentado rápidamente y lo había dejado que muriese en una choza de barro a punto de desmoronarse en medio de los pantanos. Sin embargo, hablaba del Destino con frecuencia y con afecto, como si por el simple hecho de supervivir fuera especialmente afortunado." En muchos de los posteriores relatos de viaje escritos por Naipaul, la situación poscolonial de muchos países tercermundistas aparece considerada con ese mismo sentido de la condena eterna, lo cual habla de la continuidad de sus obsesiones y también del interesante número de detractores que se ha sabido ganar con el paso del tiempo.

Una casa para el señor Biswas es, también, un tratado acerca de la itinerancia como compulsión, la búsqueda del lugar propio que nunca se encuentra. El hombre que se va dejando llevar por la vida con tanta docilidad como fastidio cambia de casas infinidad de veces, casas precarias que lo van dejando sin aliento y sin dinero, cada vez más desamparado. Naipaul, un escritor que por formación y por destino lingüístico pertenece a la literatura inglesa, va forjando así su lugar: si en los comienzos de la novela inglesa moderna está presente la concepción dieciochesca de la casa como refugio protector, él desde sus propios comienzos marcará su pertenencia marginal a dicha tradición. La itinerancia se vuelve definición y combate.

En esta novela, la precariedad se extiende a todas las cosas: a la casa, al sistema social, al trabajo. El señor Biswas, como el Ochoa de la última novela de Luis Gusmán, está obsesionado por encontrar un oficio. Primero pinta carteles y después es periodista: no parece necesario adquirir mucha preparación en el medio. Naipaul dedica casi seiscientas páginas a contar la vida íntima –e íntegra– de este señor con nombre propio apelando a un profundo sentido del anonimato, sin identificaciones ni guiños, y allí su novela es magistral: en ese desapego que no conduce a la indiferencia sino a una certeza cansada más próxima a la sabiduría.♣

Cuerpo y alma



LA CASA DEL GIGANTE
Elizabeth McCracken
trad. Márgara Averbach
Emecé
Buenos Aires, 1999
320 págs. $ 17

POR MARCELO BIRMAJER *La casa del gigante* es una novela modesta. Lo discreto de sus virtudes se compensa con lo acotado de sus pretensiones: apenas contar la historia de una chica con problemas para amar o ser amada. Porque el gigante en esta historia –y hay un gigante: un muchacho con un problema glandular que llega a medir dos metros y sesenta y cinco centímetros– es la excusa para que la chica nos cuente sus problemas. Es difícil imaginar qué quedaría de esta novela si el gigante midiera menos. O qué quedaría del muchacho, qué elementos destacaríamos de su personalidad, por qué nos resultaría llamativo, si no fuera un gigante. Y quizás acá el dato paradójico: no se trata de una muchacha sensible que se enamora de un *freak* por sus cualidades internas –inteligencia, ternura o imaginación– a pesar de su estatura; no, se trata de una chica con problemas afectivos que elige amar al gigante precisamente porque es un deforme, alguien que morirá joven y que, mientras dure el romance, le permitirá no sucumbir al tedio de sufrir normales problemas afectivos. No está claro si McCraken pensó así a su personaje femenino, pero lo cierto es que el encanto del personaje masculino es inexistente, y su apariencia física es omnipresente en su descripción.

El cine norteamericano –y el inglés, con *El hombre elefante*– nos tiene habituados a seguir las vicisitudes de los enfermos físicos espiritualmente profundos: el chico manos de tijera, ciegos, mudos y sordos. Pero generalmente, antes de que termine la película, nos convencen de que lo realmente valioso del personaje era su alma invisible. En la novela de McCraken, en cambio, no parece factible que alguien tuviera ganas de sentarse a tomar un té con el gigante, puesto que no tendría mayores cosas de qué hablar ni qué escuchar.

McCraken tiene una mirada inteligente y compasiva sobre sus personajes, cuando éstos hacen dinero con el gigantismo de James. No hay condenas contra esta actividad mercantil

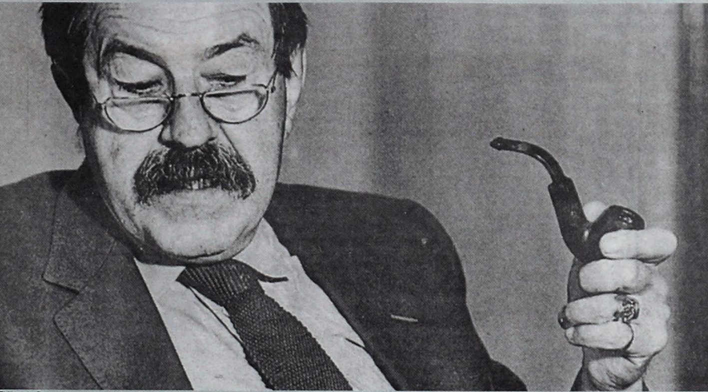


que a la protagonista le resulta inevitable.

El final le aporta a la trama una brisa de perversión y de mentira que sacude un poco el transcurso mayormente calmo de los acontecimientos. Para ser la historia de un gigante, carece de prodigios, de intenciones aviesas o de acciones sorprendentes. Quizás esa sea la diferencia entre un gigante –un ser prodigioso– y un muchacho con un problema glandular. Y la diferencia a favor del naturalismo o del realismo no redunda, en este caso, a favor de la tensión en el texto.

Un chico de dos metros y medio que morirá joven, una bibliotecaria incapacitada para los juegos del amor, una buena prosa y reflexiones razonables. No es mucho más lo que se puede decir de este libro.♣

Tan sólo una ilusión


El libro de Grass desencanta: le falta estilo, generosidad y sabiduría.



MI SIGLO
Günter Grass
trad. Miguel Sáenz y Grita Löbsack
Alfaguara
Santiago de Chile, 1999
432 págs. $ 17

POR OSVALDO BAYER En *Mi siglo*, Günter Grass nos entrega una crónica periodística con distanciamiento brechtiano que, por eso mismo, no es periodismo sino algo más que puede llegar a ser menos. Esa ambigüedad parece ser su estilo, salvo su genial y único *El tambor de hojalata*. Con *Mi siglo* podemos darnos cuenta de por qué la mayoría de los críticos literarios alemanes se hacen un festín con cada nuevo libro suyo. Lo están esperando siempre para deshacerlo. Grass no se inmuta. Y sigue escribiendo así. Entonces aquí entra la duda: ¿acaso lo que sostiene su estilo es la provocación, con todo ensañamiento?

Si *Mi siglo* lo hubiera escrito un literato desconocido no se habría publicado nunca. Pero es de Günter Grass y eso ya basta para despertar toda la curiosidad del mundo y que comiencen las discusiones. Es decir: no "ni chicha ni limonada" sino limonada pero chicha.

Lo interesante es que ahora los libros de Grass se leen para ver si los críticos tienen razón o no en aplastarlo con premeditación y alevosía. La discusión se centra entonces en esto: es un genio incomprendido o es un escritor con lúcida ironía a quien le apasiona que le ladren y que no se esfuerza demasiado porque total sus libros se venden igual. Escribe lo que le viene en mano. Y se vende. Quien escribe estas líneas quisiera definirlo –y esta definición no es una descalificación– con estas palabras: Grass es un socialdemócrata en todo; en sus ideas, en su estilo, en sus temas, en sus declaraciones.

Sabemos que todo crítico literario tiene su corazoncito. Y puede ser muy injusto, hasta nefasto. Por eso, tómese todo esto nada más que como una tesis para el debate. Elijamos primero dos o tres juicios de los partidarios y detractores de *Mi siglo*.

Die Zeit le dedica una página a una sección: "En pro" y "En contra". En "Pro", el crítico Franz Raddatz se escapa tibiamente de la responsabilidad repitiendo una frase de Louis Aragon, que dijo acerca de su propio libro sobre Matisse: "Este libro se parece sólo a su propio desorden". Dice entonces Raddatz: "Lo que aquí Günter Grass intenta es tan caprichoso como pusilánime. Llamar a su libro *Mi siglo* y comenzarlo con la frase: "Yo, intercambiando conmigo, estuve siempre presente" recuerda directamente al "imposible" libro de Aragon, una de sus más bellas obras –una comparación ciertamente difícil, pero Raddatz zafó así de pactar en contra. En cambio, Ulrich Greiner, en "Contra", dice sin ambages: "La debilidad de esta crónica moderada que podría usarse sin peligros como libro de texto para un colegio secundario no radica en sus vacíos sino justamente en sus intenciones de plenitud". Dejémoslo ahí. Por su parte, su copartidario Peter Glotz recuerda, en *Die Woche*, las punzantes palabras de un crítico que dijo sobre Grass, cuando éste leyó capítulos de *Mi siglo* en Tübingen: "Desde hace veinte años este hombre no ha escrito ningún libro logrado, pero a pesar de eso sigue agotando ediciones, con múltiples traducciones y con el apoyo total de la opinión pública. Explota una manufactura fina con una alta cuota de exportación y dos tipos de producto de dos diferentes secciones: una escrita y la otra gráfica". Esto último por sus grabados y pintura. Pero luego Glotz señala que, ante los libros de Grass, "es imposible pasar de lado: él con sus escritos logra siempre efectos. ¿De qué otro escritor podemos decir lo mismo?".

No me voy a lavar las manos citando las opiniones de otros críticos. A mí el libro me desencantó. Esperaba mucho más de un siglo entero del país de los filósofos y poetas, con dos guerras, con Auschwitz, con Eichmann, con el Kaiser y Hitler, con Heidegger y Jaspers, con Hindenburg y Rommel, pero ante todo con Rosa Luxemburgo y los marineros de Kiel. Y sólo aparece aquí la socialdemocracia en todo en tono socialdemócrata. Por eso, sí, me apasionó el diálogo entre Erich Maria Remarque, el pacifista, y Ernst Junger, el militarista viril, que Grass inventa en sus capítulos sobre la Primera Guerra Mundial. Pero en el año 1919 Günter Grass queda al desnudo. El tema de la composición era el cráneo destrozado de Rosa Luxemburgo, asesinada por la extrema derecha con el permiso y la complicidad de los socialdemócratas Ebert y Noske. Grass se lava las manos. Lástima. Ahí estaba la clave, el estilo, la literatura, la generosidad, la sabiduría. Y eso es lo que le falta a este libro: generosidad, sabiduría (los lectores de la edición española notarán otra falta. Se hace muy difícil la lectura ya que se reproducen sin más términos del original alemán, como VOPOS, que ignoran ya hasta los propios alemanes. Hubiera sido necesario y mútil recurrir a la nota al pie. Del mismo modo, hubiera sido necesario dejar sentado en qué dialecto está escrito parte del original alemán: ¿berlinés, renano, sajón, bávaro, del Ruhr?).

La idea es espléndida. ¿Por qué Grass no la desarrolló con su extravagancia sabia, con su bondad exigente, con su realismo mágico nacido de los fantasmas medievales y de las brujas mordaces? Para eso tendría que haber dejado de lado su carnet partidario o, mejor todavía, debería haber renunciado otra vez a la línea de su querido Willy Brandt, a quien justo le faltó eso, salir de la torre partidaria para escalar las nubes.♣

LOS EXPEDIENTES X



Extraños episodios de la vida literaria

Hay dos pasiones argentinas un poco insanas y bastante incomprensibles, hoy por hoy: Evita (¡santa!) y el Che Guevara (¡mártir!). Esa chica de provincias que llega a reina (para lo cual debe armar previamente una monarquía, en un país ajeno a esas tradiciones de pompa y oropel) opaca las historias de Grace Kelly, Lady Diana (¡víctima!) y otras celebridades que demostraron que, en nuestro tiempo, no hay nobleza de sangre que valga. Pero, sobre todo, esa chica que escala posiciones montada en la pura voluntad febril de ser *otra*, encanta a las mujeres y a los homosexuales que, por diferentes razones, adoran la idea de la mujer como construcción. Saccomanno citó las "Evitas" de Copi y de Perlongher, pero el texto de Feinmann también insiste en identificar "pobres" y "putos" como el polo opuesto a los "machos" de la oligarquía. El Che Guevara es, propiamente, un mito machista, que articula la política con los deportes de alto riesgo y el turismo aventura. Una amiga de mi madre lo conoció en Punta del Este y siempre contaba que, mientras los otros revolucionarios iban con boina verde a las fiestas, él aparecía con boina colorada. Tan *chic*. Desde que era un veinteañero, para Ernesto Guevara el look era casi todo. Por eso escribió su terror no a la muerte, sino a la muerte sin heroísmo. De ahí, toda una carrera política, pero también todo un estilo.

En la película de Alan Parker se notaba la dificultad de entrecruzar esos dos grandes mitos argentinos (esos dos estilos) que vuelven ahora, como dos caras de la misma moneda, en el libro de José Pablo Feinmann *Dos destinos sudamericanos*, presentado el lunes pasado en el coqueto espacio La Trastienda, uno de cuyos dueños es Jorge Telerman.

Allí se dieron cita un abigarrado número de simpatizantes (¿del Che Guevara?, ¿de Evita?, ¿de Feinmann?, ¿de Esther Goris?), que escucharon una presentación doble. Por un lado, Guillermo Saccomanno habló, a partir del guión para la película *Evita* incluido en el volumen, de los géneros marginales o menores. ¿El guión participa o no de la literatura?

Además, situó el nuevo libro de Feinmann respecto de *La sangre derramada*, el ensayo sobre la violencia política que el autor publicó este año. Ipso facto, Esther Goris (en el rol de Evita) y Arturo Maly (en el rol de Paco Jamandreu) ofrecieron una lectura pródiga en titubeos y respiraciones. Luego fue el turno de Roberto Cossa, quien presentó con brevedad y justeza la pieza teatral *Cuestiones con el Che Guevara*. "Bienvenido a la dramaturgia", fueron sus palabras de cierre. Arturo Bonín (como el periodista Andrés Navarro) y Manuel Callau (como el Che Guevara) semiactuaron un fragmento de la discusión sobre la vía armada. En las mesas se aplaudió mucho cada una de las intervenciones.

MARITA CHAMBERS

Tan sólo una ilusión



El libro de Grass desencanta: le falta estilo, generosidad y sabiduría.



MI SIGLO
Günter Grass
trad. Miguel Sáenz y Grita Löbsack
Alfaguara
Santiago de Chile, 1999
432 págs. $ 17

POR OSVALDO BAYER En *Mi siglo*, Günter Grass nos entrega una crónica periodística con distanciamiento brechtiano que, por eso mismo, no es periodismo sino algo más que puede llegar a ser menos. Esa ambigüedad parece ser su estilo, salvo su genial y único *El tambor de hojalata*. Con *Mi siglo* podemos darnos cuenta de por qué la mayoría de los críticos literarios alemanes se hacen un festín con cada nuevo libro suyo. Lo están esperando siempre para deshacerlo. Grass no se inmuta. Y sigue escribiendo así. Entonces aquí entra la duda: ¿acaso lo que sostiene su estilo es la provocación, con todo ensañamiento?

Si *Mi siglo* lo hubiera escrito un literato desconocido no se habría publicado nunca. Pero es de Günter Grass y eso ya basta para despertar toda la curiosidad del mundo y que comiencen las discusiones. Es decir: no "ni chicha ni limonada" sino limonada pero chicha.

Lo interesante es que ahora los libros de Grass se leen para ver si los críticos tienen razón o no en aplastarlo con premeditación y alevosía. La discusión se centra entonces en esto: es un genio incomprendido o es un escritor con lúcida ironía a quien le apasiona que le ladren y que no se esfuerza demasiado porque total sus libros se venden igual. Escribe lo que le viene en mano. Y se vende. Quien escribe estas líneas quisiera definirlo –y esta definición no es una descalificación– con estas palabras: Grass es un socialdemócrata en todo; en sus ideas, en su estilo, en sus temas, en sus declaraciones.

Sabemos que todo crítico literario tiene su corazoncito. Y puede ser muy injusto, hasta nefasto. Por eso, tómese todo esto nada más que como una tesis para el debate. Elijamos primero dos o tres juicios de los partidarios y detractores de *Mi siglo*.

Die Zeit le dedica una página a una sección: "En pro" y "En contra". En "Pro", el crítico Franz Raddatz se escapa tibiamente de la responsabilidad repitiendo una frase de Louis Aragon, que dijo acerca de su propio libro sobre Matisse: "Este libro se parece sólo a su propio desorden". Dice entonces Raddatz: "Lo que aquí Günter Grass intenta es tan caprichoso como pusilánime. Llamar a su libro *Mi siglo* y comenzarlo con la frase: "Yo, intercambiando conmigo, estuve siempre presente" recuerda directamente al "imposible" libro de Aragon, una de sus más bellas obras –una comparación ciertamente difícil, pero Raddatz zafó así de pactar en contra. En cambio, Ulrich Greiner, en "Contra", dice sin ambages: "La debilidad de esta crónica moderada que podría usarse sin peligros como libro de texto para un colegio secundario no radica en sus vacíos sino justamente en sus intenciones de plenitud". Dejémoslo ahí. Por su parte, su copartidario Peter Glotz recuerda, en *Die Woche*, las punzantes palabras de un crítico que dijo sobre Grass, cuando éste leyó capítulos de *Mi siglo* en Tübingen: "Desde hace veinte años este hombre no ha escrito ningún libro logrado, pero a pesar de eso sigue agotando ediciones, con múltiples traducciones y con el apoyo total de la opinión pública. Explota una manufactura fina con una alta cuota de exportación y dos tipos de producto de dos diferentes secciones: una escrita y la otra gráfica". Esto último por sus grabados y pintura. Pero luego Glotz señala que, ante los libros de Grass, "es imposible pasar de lado: él con sus escritos logra siempre efectos. ¿De qué otro escritor podemos decir lo mismo?".

No me voy a lavar las manos citando las opiniones de otros críticos. A mí el libro me desencantó. Esperaba mucho más de un siglo entero del país de los filósofos y poetas, con dos guerras, con Auschwitz, con Eichmann, con el Kaiser y Hitler, con Heidegger y Jaspers, con Hindenburg y Rommel, pero ante todo con Rosa Luxemburgo y los marineros de Kiel. Y sólo aparece aquí la socialdemocracia en todo en tono socialdemócrata. Por eso, sí, me apasionó el diálogo entre Erich Maria Remarque, el pacifista, y Ernst Junger, el militarista viril, que Grass inventa en sus capítulos sobre la Primera Guerra Mundial. Pero en el año 1919 Günter Grass queda al desnudo. El tema de la composición era el cráneo destrozado de Rosa Luxemburgo, asesinada por la extrema derecha con el permiso y la complicidad de los socialdemócratas Ebert y Noske. Grass se lava las manos. Lástima. Ahí estaba la clave, el estilo, la literatura, la generosidad, la sabiduría. Y eso es lo que le falta a este libro: generosidad, sabiduría (los lectores de la edición española notarán otra falta. Se hace muy difícil la lectura ya que se reproducen sin más términos del original alemán, como VOPOS, que ignoran ya hasta los propios alemanes. Hubiera sido necesario y mútil recurrir a la nota al pie. Del mismo modo, hubiera sido necesario dejar sentado en qué dialecto está escrito parte del original alemán: ¿berlinés, renano, sajón, bávaro, del Ruhr?).

La idea es espléndida. ¿Por qué Grass no la desarrolló con su extravagancia sabia, con su bondad exigente, con su realismo mágico nacido de los fantasmas medievales y de las brujas mordaces? Para eso tendría que haber dejado de lado su carnet partidario o, mejor todavía, debería haber renunciado otra vez a la línea de su querido Willy Brandt, a quien justo le faltó eso, salir de la torre partidaria para escalar las nubes.♣

LOS EXPEDIENTES X



Extraños episodios de la vida literaria

Hay dos pasiones argentinas un poco insanas y bastante incomprensibles, hoy por hoy: Evita (¡santa!) y el Che Guevara (¡mártir!). Esa chica de provincias que llega a reina (para lo cual debe armar previamente una monarquía, en un país ajeno a esas tradiciones de pompa y oropel) opaca las historias de Grace Kelly, Lady Diana (¡víctima!) y otras celebridades que demostraron que, en nuestro tiempo, no hay nobleza de sangre que valga. Pero, sobre todo, esa chica que escala posiciones montada en la pura voluntad febril de ser *otra*, encanta a las mujeres y a los homosexuales que, por diferentes razones, adoran la idea de la mujer como construcción. Saccomanno citó las "Evitas" de Copi y de Perlongher, pero el texto de Feinmann también insiste en identificar "pobres" y "putos" como el polo opuesto a los "machos" de la oligarquía. El Che Guevara es, propiamente, un mito machista, que articula la política con los deportes de alto riesgo y el turismo aventura. Una amiga de mi madre lo conoció en Punta del Este y siempre contaba que, mientras los otros revolucionarios iban con boina verde a las fiestas, él aparecía con boina colorada. Tan *chic*. Desde que era un veinteañero, para Ernesto Guevara el look era casi todo. Por eso escribió su terror no a la muerte, sino a la muerte sin heroísmo. De ahí, toda una carrera política, pero también todo un estilo.

En la película de Alan Parker se notaba la dificultad de entrecruzar esos dos grandes mitos argentinos (esos dos estilos) que vuelven ahora, como dos caras de la misma moneda, en el libro de José Pablo Feinmann *Dos destinos sudamericanos*, presentado el lunes pasado en el coqueto espacio La Trastienda, uno de cuyos dueños es Jorge Telerman.

Allí se dieron cita un abigarrado número de simpatizantes (¿del Che Guevara?, ¿de Evita?, ¿de Feinmann?, ¿de Esther Goris?), que escucharon una presentación doble. Por un lado, Guillermo Saccomanno habló, a partir del guión para la película *Evita* incluido en el volumen, de los géneros marginales o menores. ¿El guión participa o no de la literatura?

Además, situó el nuevo libro de Feinmann respecto de *La sangre derramada*, el ensayo sobre la violencia política que el autor publicó este año. Ipso facto, Esther Goris (en el rol de Evita) y Arturo Maly (en el rol de Paco Jamandreu) ofrecieron una lectura pródiga en titubeos y respiraciones. Luego fue el turno de Roberto Cossa, quien presentó con brevedad y justeza la pieza teatral *Cuestiones con el Che Guevara*. "Bienvenido a la dramaturgia", fueron sus palabras de cierre. Arturo Bonín (como el periodista Andrés Navarro) y Manuel Callau (como el Che Guevara) semiactuaron un fragmento de la discusión sobre la vía armada. En las mesas se aplaudió mucho cada una de las intervenciones.

MARITA CHAMBERS





África mía

Los libros más vendidos de la semana en Plural Libros *(Salta)*

Ficción

1. **El alquimista** *Paulo Coelho (Planeta, $ 14)*
2. **Vuelan las palomas** *Carlos Gorostiza (Planeta, $ 17)*
3. **La boda del poeta** *Antonio Skármeta (Sudamericana, $ 19)*
4. **El Evangelio según Jesucristo** *José Saramago (Alfaguara, $ 20)*
5. **Hannibal** *Thomas Harris (Grijalbo, $ 30)*
6. **A orillas del Río Piedra me senté y lloré** *Paulo Coelho (Planeta, $ 16)*
7. **Antología Poética** *Pablo Neruda (Planeta, $ 9)*
8. **El juramento** *Wilbur Smith (Emecé, $ 20)*
9. **Alexandros** *Valerio Manfredi (Grijalbo, $ 12)*
10. **Memorias de una geisha** *Arthur Golden (Alfaguara, $ 20)*

No ficción

1. **Menem, la vida privada** *Olga Wornat (Planeta, $ 20)*
2. **Diccionario de Filosofía** *José Ferrater Mora (Ariel, $ 98)*
3. **Las economías regionales a fines del siglo XX** *Alejandro Rofman (Ariel,$ 18)*
4. **Historia de la vida privada en la Argentina I y II** *Fernando Devoto y Marta Madero (Taurus, $ 25)*
5. **Razones intensas** *Graciela Speranza (Perfil Libros, $ 16)*
6. **La tragedia educativa** *Guillermo Etcheverry (Fondo de Cultura Económica, $ 15)*
7. **Mediación en la Escuela** *Sara Rozemblum de Horowitz (Aique, $ 29)*
8. **Los nietos nos miran** *Juana Rottemberg (Galerna, $ 14)*
9. **Crónica del siglo XX** *Plaza Janés, $ 34*
10. **Color profundo** *Federico Lanusse (Franco Tirador Ediciones, $ 15)*

¿Por qué se venden estos libros?
"Hay un poco de todo. Novedades que son muy difundidas por los medios y, en el caso de nuestra librería, otros títulos que responden a los intereses de nuestros clientes docentes universitarios", dice Sara Malamud, encargada de Plural Libros.



Mercado de esclavos (Grabado)



COROAS DE GLÓRIA, LÁGRIMAS DE SANGUE
Emilia Viotti da Costa
Companhia das Letras
San Pablo, 1999
412 páginas. $41



LIBERDADE POR UM FÍO
Joao José Reis y Flávio dos Santos Gomes (comps.)
Companhia das Letras
San Pablo, 1999
490 páginas. $41

POR SERGIO KIERNAN ¿Cómo era una sociedad esclavista? ¿Cómo era *la particular institución*, el eufemismo favorito en Dixie para llamar a la propiedad de seres humanos? El tráfico duró casi tres siglos, arrancó de Africa a 15 millones de personas, capitalizó empresas de seis naciones, causó guerras y dolores sin nombre y empapó la cultura americana. Argentina fue apenas un arrabal de este proceso multinacional y terrible, por su economía donde faltaban explotaciones agrarias masivas como el azúcar o el café. El negro en Argentina es una imagen de empleado doméstico y su libertad una nota al pie de la Asamblea del año XIII. Casi no quedan negros en este país, y la tragedia de su llegada al continente no se estudia.

Brasil, en cambio, recibió al 40 por ciento de los esclavos que llegaron a las Américas, esclavos que sostuvieron dos ciclos completos de su economía y moldearon por completo su carácter nacional. Para bien o para mal, el estudio de la esclavitud es un interés creciente en nuestro vecino, sólo superado, tal vez, por el que muestran en Estados Unidos.

La investigadora Emilia Viotti de Costa, una brasilera que se mudó a Yale cuando los militares la expulsaron de su universidad en 1969, encontró en una rebelión esclava casi olvidada un ejemplo en miniatura y bien documentado de ese universo. En 1823, el colono inglés John Gladstone –padre del futuro primer ministro– vio arder su hacienda Success, frente al Caribe en la región de Demerara, Guyana Británica. La rebelión fue estupenda: en cosa de horas, entre 10 y 12.000 esclavos se alzaban en armas y arrasaban los cañaverales y trapiches de la región. La represión fue brutal y rápida: la milicia local, una mezcla de tropas regulares y civiles movilizados de urgencia, mató más de 200 rebeldes en el primer enfrentamiento, capturó a centenares y ahorcó a otros 200 después de rápidos juicios sumarios. De la gran masa de alzados se encargaron sus dueños, a palos y latigazos, en un castigo que duró meses.

Viotti de Costa relata esta "historia polifónica" en *Coroas de Glória, Lágrimas de Sangue*, la edición brasilera de su tercer libro, originalmente editado en inglés en los Estados Unidos. "Las crisis son momentos de verdades", comienza este libro notable por su claridad. "Traen a luz conflictos que en la vida diaria permanecen ocultos bajo las reglas y la rutina del protocolo social". Al momento de la rebelión, en Demerara vivían 2500 blancos, 2500 negros libres y 77.000 esclavos en un equilibrio inestable. Ya habían pasado, con el cambio de siglo, los tiempos en que la esclavitud no era cuestionada ni cuestionable, y las élites locales se encontraban cada vez más en oposición a una metrópoli llena de sociedades abolicionistas y críticos al sistema de servidumbre. Uno de los rasgos de esta crisis institucional, aparentemente menor, fue la llegada en 1817 de una misión evangélica especialmente diseñada para evangelizar a los esclavos. La misión encabezada por John Smith y John Wray tendría consecuencias impensables para la liberación de los esclavos.

La breve guerra entre las razas de Demerara quedó bien documentada. Pese a su insignificancia, la colonia tenía tres periódicos, una librería y hasta una editorial. Los archivos abundan de actas procesales, cartas, investigaciones parlamentarias e interrogatorios de los acusados negros. Viotti de Costa toma esta "polifonía", registra las voces de víctimas y victimarios, y logra lo más notable de su libro: reconstruir el mundo de los esclavos, la manera en que tejieron sus narrativas del mundo, crearon nuevas formas de parentesco, inventaron utopías y usaron para movilizarse y liberarse símbolos y mensajes pensados para someterlos.

La religión y la misión inglesa jugó un rol central en este proceso. Los esclavos, por primera vez, pudieron reunirse libremente en un ámbito, la capilla misionera, donde recibían bajo un disfraz moralista y florido el mensaje de que eran seres humanos iguales a los blancos, con alma. Al estallar la rebelión, el gobierno local y los hacendados acusaron sin dudar a los misioneros: John Smith fue juzgado por una corte marcial por el delito de traición y de organizar una rebelión, y fue ejecutado en la horca junto a varios miembros negros de su congregación.

El descubrimiento de la "humanidad" de los esclavos y del "salvajismo" de los blancos por parte de los pacatos misioneros es uno de los hilos conductores de Viotti de Costa. La muerte de Smith tuvo un impacto profundo en Gran Bretaña y, previsiblemente, fue uno de los últimos empujones para que el Parlamento aboliera la esclavitud y pusiera a la armada más poderosa de la época a combatir el tráfico.

La libertad por un hilo es una compilación de 18 ensayos académicos sobre la esclavitud en Brasil, centrados inevitablemente en la mayor gesta libertaria del período colonial, el *quilombo* de Palmares. Originalmente, quilombo es una de las maneras de llamar a una república, federación o "nación" de esclavos fugados. La calumnia ideológica y la imagen de barbarie que se le impuso a estas autonomías negras hizo que "quilombo" terminara, en castellano, asociado a desórdenes y prostitución. De los muchos quilombos brasileños, el de Palmares se transformó en mito y creó el primer "prócer" negro del país, Sumbí, líder militar que combatió con heroísmo a las expediciones punitivas holandesas y portuguesas. Resulta increíble la resistencia de estos africanos transportados a otro mundo, cristianizados a palos, con su idioma y sus costumbres prohibidas, sujetos al capricho del látigo y la violación. Una minoría de los fugados se dirigió individualmente a las ciudades, a confundirse con la masa de negros y mulatos libertos. Una mayoría, notablemente, escapó en masa y reconstruyó su estilo de vida africano, creando reinos y repúblicas y alzando ejércitos que derrotaron a los europeos.

Esta tradición rebelde de la negritud brasileña hace un vivo contraste con la del negro sumiso, el que "conoce su lugar" en una sociedad que fue la última del hemisferio en abolir la esclavitud, en 1888. El equilibrio inestable entre estas dos realidades explica muchos fenómenos del Brasil, una nación también forjada por la "particular institución".♣

Otra vuelta de tuerca

Los artículos y reseñas publicados por Radarlibros *han suscitado, en los últimos tiempos, la respuesta airada de lectores, críticos de cine y editores. A continuación, tres eslabones para continuar los debates.*

POR GUILLERMO SACCOMANNO En *RadarLibros* (21/11/99) publiqué "Pequeño Titanic literario", reseña sobre *Patagonia*, una novelita de Henry James que editó recientemente Perfil Libros. En dicha reseña destaqué la perspicacia y honestidad de su traductor y presentador, Elvio Gandolfo, que justamente en el prólogo señalaba los costados endebles del relato. Más tarde, Gandolfo, molesto, replicó dicha reseña (*RadarLibros* del 5/12/99).

En principio, quiero agradecer a Gandolfo, un crítico implacable, la deferencia con que me trató al considerarme antes "lector" que profesional de la crítica. Debo admitir, además, que nunca fui devoto de Henry James. Si lo que hirió a Gandolfo fue el sesgo político de mi reseña, aclaro que lectores más lúcidos que yo (Italo Calvino por ejemplo, citado en la reseña) han subrayado la esencia clasista de la producción de Henry James.

En lo que se refiere particularmente a cierta zona de la reseña, Gandolfo señala con justeza que lo cité diciendo que *Patagonia* es un "texto de desniveles", eliminando el agregado "pero también de aire". Es verdad, Gandolfo. Es verdad. La reducción de esa frase se debe a que, en mi corta comprensión del asunto, decir "texto de desniveles" tiene tal potencia expresiva que el coordinante adversativo "pero" y lo que sigue después no consigue atenuarla. Quizá corresponde también que me disculpe ante Gandolfo por no haber sabido descifrar lo que quiso decir con "aire", figura valorativa bastante etérea.

Conjeturo que los lectores, los lectores intrépidos que *Patagonia* exige, tendrán la última palabra. Si una obra tiene algo poderoso que decir, lo sigue diciendo a través de tiempo y espacio siempre con mayor transparencia que una reseña adversa por politizada, pero también de un prólogo que previene de sus falencias. Pido entonces disculpas a Gandolfo por haber ofendido su susceptible veneración por Henry James. ¿Quizá corresponde también que les exprese mis condolencias a otros posibles vernáculos de Henry James que pudieran haberse sentido afectados por una lectura caliente de una novelita tan fría?

La última excusa, por ahí la más importante, se la debo a Gandolfo si con la reseña pude perjudicar en algo la relación de trabajo que mantiene como colaborador de la editorial Perfil (Gandolfo prologó también los *Diarios* de Henry James y es además el crítico de la sección libros del semanario *Noticias*).♣



El criticón

La entrevista a Rodolfo Fogwill firmada por Daniel Link en Radarlibros *del 10/10/99 despertó una colérica reacción de Eduardo Antín en la edición de noviembre de* El amante. *La contestación de Daniel Link aparece (mutilada) en la edición de diciembre de esa revista. Fogwill envió la siguiente carta a esta redacción.*

POR RODOLFO FOGWILL Por la presente solicito se anuncie en el suplemento *Radarlibros* o en páginas afines que desde la fecha se pueden consultar diversas respuestas a las calumnias formuladas por el comentarista de cine Eduardo Antín (Quintín) en la edición de noviembre de la revista de espectáculos *El amante*, de su propiedad. Se accede a este material, a la documentación referida en la respuesta y al comentario injurioso que la motiva en los siguientes sitios de Internet:
www.geocities.com/Athens/Delphi/7962/eduantin.html - www.geocities.com/Athens/Delphi/7962/quintin.html - **www.geocities.com/Athens/Delphi/7962/quintin2.html** - www.geocities.com/Athens/Delphi/7962/rubbish.html - **www.geocities.com/Athens/Delphi/7962/vafcrit.html**
Cumplo en destacar que el director de *El amante* manifestó su disposición a alojar estas piezas en la nueva edición de esa revista, y que decliné ese ofrecimiento considerando que no es un medio apto para ponderar temas culturales y por mi incapacidad para pensar algo que, una vez escrito e integrado a ese medio, pueda protegerse de su invasiva trivialidad: se trata de una revista donde la política se interpreta en términos de la contienda electoral entre alianzas y partidos mayoritarios, la ideología se distribuye según la personalidad de los candidatos, y la política cultural se distrae denostando a Adrián Suar, juzgando la organización de festivales y tratando de intervenir en la distribución de fondos públicos entre grupos empresarios de la industria del cine.
Quien relea con atención el comentario de Antín, advertirá que ese sesenta por ciento de una nota sobre Hans-Jürgen Syberberg (!) se destina a atacar mi obra, mis opiniones y mi trayectoria cultural, no responde a un súbito interés por la figura de un autor sino a la voluntad de intervenir sobre la prensa cultural y sobre los suplementos de *Página/12*. Lo prueba la frase "Irresponsable Entronización De Un Novelista" que quiere recordar a los críticos de *Página/12* su deber de responder responsablemente a una causa, reconociendo que es legítimo que un escritor despierte simpatía, a condición de que no se lo lea ni se lea lo que se ha escrito sobre él.♣

La maquinaria asesina

Continúa el debate entre Marcelo Birmajer y Daniel Mundo a propósito de la presentación que el primero hizo de la obra de Hannah Arendt, acotado ahora a la figura de Eichmann.

POR DANIEL MUNDO En relación con el debate acerca del pensamiento de Hannah Arendt se me hace imprescindible despejar un supuesto que, equivocadamente, di por sentado. Eichmann no actuó de manera inconsciente; Eichmann fue y es uno de los mayores asesinos de la historia; él es culpable, juntos con otros, de haber pretendido erradicar del mundo –como si estuviera en el poder de alguien hacer algo semejante- al pueblo judío y a otros pueblos. Por esto, el castigo justo es la horca. Con palabras semejantes a éstas Arendt cierra el libro sobre el juicio a Eichmann. Sostener otra cosa sería tan infundado como afirmar que Heidegger no estuvo afiliado al Partido Nazi y que no fue rector de la Universidad de Friburgo en el año 1933. Estos son hechos, y los hechos no se discuten.

Ahora bien, lo que sostengo es que de "su inefable relación con el nazi Heidegger" no se pueden extraer "los conflictos que anidaban en el alma de Arendt". Por un lado, los conflictos de Arendt son de tal densidad que una biografía filosófica puede, a partir de ellos, representar los problemas centrales del siglo XX. Por otro lado, la relación no se sostiene en un romance, aunque su origen, en 1928, lo fuera. Lo menos que se puede decir de esta relación es que marca la ambigüedad, la contradicción y los desencuentros, el principal de los cuales es, por supuesto, el nazismo de Heidegger.

Si hubiera que buscar un pensamiento fundamental para comprender la obra de Arendt, éste no estaría contenido en el libro de Elzbieta Ettinger, *Hannah Arendt y Martin Heidegger* sino en la obra misma de Heidegger. Porque Heidegger es, además de su ex amante y un amigo sumamente complejo, uno de los filósofos más importantes del siglo XX que la enfrenta a contradicciones irresolubles. Esto no significa que no haya que debatir el nazismo de Heidegger (tema que no se presta a demasiado debate, por otro lado). Me niego a despachar el complejo nudo de tensiones que representa la relación de Arendt con Heidegger con un argumento que no se respalde en una justificación teórica, y esto implicaría un trabajo de comprensión que, lejos de partir de juicios indiscutibles, debería estar abierto a discutir y rever las propias certezas.

Tampoco me pareció necesario reafirmar que, para Arendt, Eichmann es innegablemente uno de los ejecutores del genocidio, y que era consciente de lo que hacía. Lo que sostengo, y en esto sigo a Arendt, es que en Eichmann *no había deseo* de realizar el Mal, que Eichmann "sencillamente, no supo jamás lo que hacía". Aunque esta afirmación parece contradecir la anterior, no es así. La afirmación complica los modos lineales de pensamiento e implica un atento esfuerzo de comprensión. Arendt agrega: "Eichmann no era estúpido. Unicamente la pura y simple irreflexión fue lo que lo predispuso a convertirse" en un criminal. Eichmann no era el engranaje inocente de una maquinaria asesina; Eichmann era, junto con muchos otros, esa maquinaria asesina.

Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal fue un libro que le trajo grandes infortunios a Arendt (no el más importante, pero sí uno de los más banales, es el calificativo de soberbia). Por él perdió a muchos de sus amigos. Entre los que la acompañaron de modo infatigable estuvo su maestro Karl Jasper, que en una carta de julio de 1963 le escribe: "Has herido los más recónditos sentimientos de mucha gente".♣

ENVIDIA



Claudia Gilman, coautora de la novela Preciosas cautivas, *confiesa sus peores sentimientos literarios*

Cuando era chica, creí haber escrito un poema de Amado Nervo y se lo regalé a mi maestra, que lo recibió, por ignorancia o compasión, como si fuera realmente mío. Muchos años más tarde, al darme cuenta de que no había escrito ese poema experimenté la vergüenza del plagiario y el alivio de que esa empalagosa descripción de la familia no me perteneciera. Sin embargo, permaneció, indeleble y contumaz, la vocación del plagio y la melancolía persistente de no haber llegado primera al mundo de las palabras. De haber podido nacer antes, habría escrito, ganándole a Homero, "los rosados dedos de la aurora" y hubiera descripto la impertinencia y la temeridad como "palabras escapadas del cerco de los dientes" sin el temor de estar usando adornos marchitos de la lengua.

Me conformaría también haber escrito algunos pocos versos de *La Divina Comedia*, aunque lo que más envidio es la convicción extremadamente dantesca de que toda la verdad y todo lo real pueden alojarse dentro de los muros del lenguaje, pero si tuviera que revelar el detalle de versos, metáforas y libros envidiados, mi lista sería, aproximada y no exhaustivamente ésta: "el niño es el padre del hombre" (Wordsworth), la prosa genial, única y perfecta de *Paradiso* de Lezama Lima (especialmente el capítulo XII, donde se narra la increíble historia del crítico musical más longevo del país y algunos avatares de la historia de Atrio Flaminio, capitán romano), algunas descripciones desmedidamente felices de César Aira, casi todas las novelas de Vladimir Nabokov (con una particular debilidad por *Ada o el ardor*, *Pálido fuego* y *Desesperación*) y algún párrafo de *G* de John Berger. En un registro bien masculino y que se me antoja el destilado de lo norteamericano puro, también el párrafo sobre las rubias de Raymond Chandler, un fragmento del poema "Insomnio" ("la vastedad del olvido y la precisión de la fiebre"), de Jorge Luis Borges, algunos aullidos de Céline, toda la minuciosa enseñanza que puede extraerse de un cuchillo según Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*, los registros de la disolución de Thomas Bernhard, las líneas breves y fatales de Marguérite Duras y, finalmente, *El castillo* de Franz Kafka.

En realidad, si pudiera imitar a Pierre Menard, desaparecería todo el problema y el sentido mismo de esta columna.

Todo sería diferente si se eliminara la conciencia de que el único material disponible, el lenguaje, es al mismo tiempo nuestra limitación más odiosa: una montaña hedionda de basura, en la que es preciso hundirse para salir, con náuseas y en el mejor de los casos, con un tesoro mínimo. Hoy en día se requiere mucha resistencia para bucear en las honduras insalubres del cinturón ecológico que es el idioma. O se tiene buen estómago o uno es un genio o no queda más remedio que callarse.

Pensándolo bien, no haber leído o haber olvidado las grandes obras que otros escribieron podría ayudar a mitigar la conciencia de no haber escrito los libros que otros escribieron mejor. Pero cuando es demasiado tarde, queda sólo la constatación de todo lo que ya no se puede decir.

Como una publicidad política reciente que pronto será un mal recuerdo, se podría decir que Samuel Beckett, a quien le tocó escribir después del hiperbólico Joyce, lo hizo. Su lúcido programa para convertirse en un escritor de este siglo consistió en horadar el lenguaje, empobrecerse, irse a otro idioma y empezar, siempre de nuevo.

CLAUDIA GILMAN

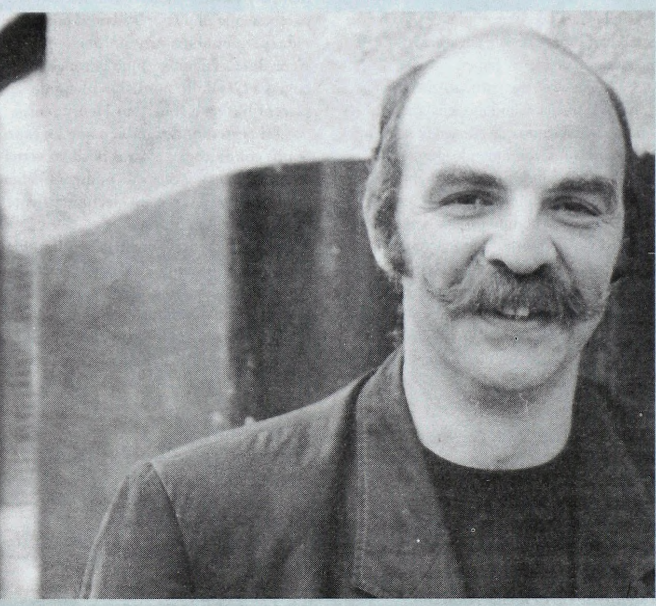
La guerra moderna *de Martín Caparrós recopila sus crónicas periodísticas (como antes,* Larga distancia*). La aparición del libro es una ocasión más que adecuada para reflexionar críticamente sobre los procedimientos del llamado nuevo periodismo.*

Cómo dejar de ser una aceituna

POR MARÍA MORENO El nuevo periodismo no es más que la vieja literatura, como lo prueban *Una excursión a los indios ranqueles* y *Facundo*, libros que inauguran, a grandes rasgos, dos manuales de parainvestigación: el que sugiere recopilar datos in situ y cuya evidencia es el "yo estuve allí", poniendo el cuerpo y construyéndose como héroe en peligro, y el que analiza textos haciéndolos funcionar como aval y prueba. Esa es la cuna de Martín Caparrós, aunque él abuse del "cutre", del "tío" y del "coño" y en *La guerra moderna* aproveche para decir que su padre nació en España y mencione, no se sabe si en serio o en broma, *su* pueblo de Castilla.

Martín Caparrós hace en sus crónicas lo que convencionalmente se llamó *nuevo periodismo* o *non fiction* en el mismo país que produjo lo que Horacio González llamó los filósofos de la OTAN de la guerra moderna. Es decir que utiliza las técnicas del realismo a base de improvisación y tres de los cuatro procedimientos definidos por Wolfe: 1) la sustitución de la narración histórica por la de *escena por escena*, 2) el diálogo como manera más efectiva de retratar a un personaje, 3) contar estados de la dentadura, hábitos de higiene, estilos de decoración, calidad del transporte, modos de vestir, de negociar, atacar o huir para indicar el status de los personajes. Al cuarto, que consiste en interrogar a los entrevistados sobre sus pensamientos o emociones –o fingir que se lo ha hecho–, Caparrós se lo saltea un poco.

Se puede sospechar que esta elección del autor fue una estrategia para dejar de ser lo que en un tiempo llamaba "la aceituna del cóctel", un *tonito*, un estilo gozoso de entre-nos cultural que la izquierda populista, de la mano de una crítica que abusó de las metáforas genitales .-adjetivos como "incisivo", "penetrante", "vigoroso"– para sobrevalorar la narración en su sentido más convencional de comienzo (gancho), trama (tensión), final (resolución), siempre asoció a la masturbación, y a ésta con la *falta de*. Y Caparrós demostró ser el mejor porque, después de todo, se trataba de adoptar una retórica y no de tener una suerte de virilidad narrativa "natural".



Rodolfo Walsh fue, en los años cincuenta, el segundo precursor de la *no ficción* norteamericana –no es éste el lugar para precisar en qué medida el término le queda chico, pero puede decirse operativamente que su narrador periodista realizaba una contrainvestigación que tenía efectos sobre la investigación "real" (oficial, judicial) y que ese sujeto reaparece bajo otras máscaras en Horacio Verbitsky y Miguel Bonasso. El narrador periodista de Caparrós –en *Larga distancia* y *La guerra moderna*– es más un cronista que un investigador, y ese cronista se propone como *buffo*, una suerte de sosías de los movileros que jadean estentóreamente ante la cámara detrás de un comisario que se apresura custodiado por moles de civil. Sabe y escribe que la guerra moderna siempre se juega en otra parte que los campos de batalla y las ciudades, y que los corresponsales se enteran más por Internet que bajo las bombas. En la práctica, el corresponsal moderno se pasa la mayoría del tiempo llamando por teléfono a una embajada, intentando tomar fotos hasta que le piden documentos, o conversando con la gente (en realidad el cronista de *La guerra moderna* da la impresión de tener cada vez menos contactos a medida que se aleja de la Argentina).

Seguramente a Martín Caparrós lo persiguió, mientras sus notas eran publicadas en diversos medios –*Temas y fotos, Viva, trespuntos*–, el sonsonete ese de que una crónica, aun la de una sofisticada guerra moderna, debe transmitirse en los términos de un lector que cursa el sexto grado B. Caparrós se adaptó exacerbando la sencillez hasta el absurdo: "Debo ser feliz: estoy en medio de la suave campiña magyar, sin apuro, sin guerras a la vista, y el sol endulza el verde de los campos. Debería ser feliz, pero no me sale". "Esta guerra está pensada como un curso acelerado de subdesarrollo" ("Belgrado. Bajo fuego"). En el medio infiltra la información "seria", a menudo internética y no demasiado analítica. Publicando sus crónicas bajo la forma de libro, Caparrós hace la de Robin Hood: se apropia de su material, lo devuelve a la literatura y confiesa, haciendo pito catalán a sus jefes, que en realidad les entregó "primeras versiones", borradores. Para tranquilizarlos se hace el simple, abusando de los diminutivos y los aumentativos ("asquito", "morochón", "rulitos", "culón") con ese afán reducidor de la aristocracia que quería limar los lujos del español considerados mersas, y que se transformó en humor en Landrú, recuperó cierta solemnidad tabuladora en Brascó y desembocó en Caparrós vía la palabra "cochambroso" y la redacción de *Cuisine & Vins*.

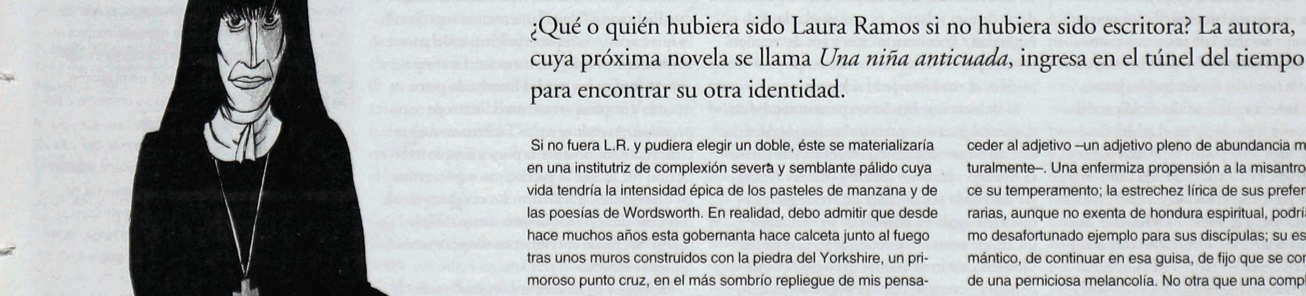
Caparrós ha hecho de consignas, estupideces impuestas y desafíos envidiosos, un estilo. Y le salió bien, como diría él haciéndose el sencillo. El cronista *buffo* o *clown* arrastra su parte Tony, que se hace evidente en la radio y en la TV cuando pone esa voz de Marcos Mundstock en *Noches cultas*; es titeador a la altura de *La Siringa* –fundada por Pepe Ingenieros, antecedente hasta de los titulares de *Página/12*–; ha hecho un hallazgo con el efecto de escribir rajando, liviana e incidentalmente, sobre un fondo trágico que se impone de contrabando con la gravedad del testimonio.

Los bigotes de Caparrós –un par de comas acostadas– cumplen la misma función que las polainas de Tom Wolfe asomando bajo las botamangas de sus pantalones: *evitar el roce*.♣

EL DOBLE POR LAURA RAMOS

Poseída por una institutriz

¿Qué o quién hubiera sido Laura Ramos si no hubiera sido escritora? La autora, cuya próxima novela se llama *Una niña anticuada*, ingresa en el túnel del tiempo para encontrar su otra identidad.



Si no fuera L.R. y pudiera elegir un doble, éste se materializaría en una institutriz de complexión severa y semblante pálido cuya vida tendría la intensidad épica de los pasteles de manzana y de las poesías de Wordsworth. En realidad, debo admitir que desde hace muchos años esta gobernanta hace calceta junto al fuego tras unos muros construidos con la piedra del Yorkshire, un primoroso punto cruz, en el más sombrío repliegue de mis pensamientos. Si en las frías mañanas invernales las finas líneas de su semblante se tensan en la dirección fisonómica de Catherine Earnshaw o Eugenie Grandet, durante los atardeceres del otoño adoptan la forma de una delicada Agnes Wickfield que inunda de lágrimas la cabeza tronchada de Julian Sorel. El suceso dramático más importante de su vida hubo de ser, al igual que el de Oscar Wilde, el suicidio de Lucian de Rubempré. El único género que su pluma practica es el de la misiva o el del diario íntimo, y en instante alguno, durante su ejercicio, un sustantivo osa anteceder al adjetivo –un adjetivo pleno de abundancia melódica, naturalmente–. Una enfermiza propensión a la misantropía oscurece su temperamento; la estrechez lírica de sus preferencias literarias, aunque no exenta de hondura espiritual, podría obrar como desafortunado ejemplo para sus discípulas; su espíritu romántico, de continuar en esa guisa, de fijo que se contaminará de una perniciosa melancolía. No otra que una compleja trama entretejida de fabulaciones y suspiros entrelaza su existencia a la mía en la realidad sensible y troca discotecas por catedrales y música electrónica por conciertos de cámara. Esta institutriz petulante y embustera –y, al mismo tiempo, tan llena de ignorancia– no constituye el más elegante de los dobles que podría haber escogido. Pero ella fue quien eligió esta bolsa de huesos que es mi cuerpo. No resulta sencillo o confortable transitar los vivaces caminos del siglo XX en semejante compañía (¿me permitirá siquiera trasponer los umbrales del siglo XXI?).